

VIAJEROS Y ESCRITORES. LA CONSTRUCCIÓN DE LA AUTORIDAD EN LOS ESCRITOS DE AZARA, D´ORBIGNY Y AMBROSETTI

ANA CAROLINA ARIAS^[1]

RESUMEN

En el presente trabajo se analizan los modos y las estrategias por medio de los cuales Félix de Azara, Alcides D´Orbigny y Juan Bautista Ambrosetti se constituyen como una voz de autoridad, construyendo -para sí mismos y hacia el mundo- una imagen de “viajeros” o “exploradores” y en consecuencia de “expertos”, de autoridades científicas e institucionales.

Se busca a partir de ello esclarecer los procesos a través de los cuales ciertas experiencias singulares y subjetivas se transforman en informes escritos autorizados: cómo a partir de un encuentro transcultural, atravesado por relaciones de poder, se crea y se acepta una versión discreta del “otro” a partir del relato de un sólo individuo.

[1] Estudiante avanzada de la Lic. en Antropología en la Facultad de Cs. Naturales y Museo de la UNLP. Miembro del Proyecto de Reconocimiento Institucional “Historia de la Antropología en Buenos Aires: 1800-1975” Director Dr. Pablo Perazzi (Programación 2009-2011, FFyL, UBA), del Seminario Historia de la Antropología en Argentina: herramientas para su investigación (UBA), pasante del Proyecto “Redes sociales en comunidades locales” Directora Lic. Laura Teves (Programa de Entrenamiento y Apoyo a la Investigación para alumnos de la FCNyM, UNLP, 2009 al 2011) y miembro de la Cátedra Orientaciones en la Teoría Antropológica (FCNyM, UNLP). Correo: anu212bar@yahoo.com

Agradezco al Dr. Pablo Perazzi por sus valiosos comentarios para la revisión del artículo. Este tema fue desarrollado a partir de un trabajo monográfico realizado para la Cátedra de Etnohistoria de la FCNyM, actualmente a cargo de la Dra. Carlota Sempé.

Fecha de recepción: marzo 2011. Fecha de aceptación: agosto 2011.

Este análisis comparativo aporta algunos elementos para discutir la relación de estos viajeros con el surgimiento del campo disciplinar propio de la antropología, revisando continuidades y discontinuidades en las prácticas de trabajo de campo y de construcción de discursos.

PALABRAS CLAVE: Autoridad científica, Viajeros, Tradición antropológica

ABSTRACT

In this paper we analyze the ways and strategies by which Félix de Azara, Alcides D'Orbigny and Juan Bautista Ambrosetti are represented as a voice of authority, building- for themselves and for the world- an image of "travelers" and therefore of "experts", scientific and institutional authorities.

From this, we seek to clarify the process by which an unique and subjective experience becomes a written and authorized report: how from a transcultural encounter, crossed by relationships of power, a discrete version of the "Other" is created and accepted from the story of a single individual.

This comparative analysis provides some elements to discuss the relationship of these travelers with the emergence of Anthropology's specific disciplinary field, reviewing continuities and discontinuities in the practices of fieldwork and the construction of discourses.

KEY WORDS: Scientific Authority, Travelers, Anthropological Tradition

INTRODUCCIÓN

A partir de un análisis comparativo, se busca demostrar cómo el encuentro con lo exótico, con lo extraño o diferente; sumado a la experiencia del traslado y luego a la de escritura, ha permitido a *intrépidos aventureros* construir -para sí mismos y hacia el mundo- una imagen de "viajeros" o "exploradores" y en consecuencia de "expertos", de autoridades científicas e institucionales. ¿De qué manera se produce esta identidad autorizada? ¿A través de qué recursos literarios y en qué contextos históricos y sociales esta "transformación" es posible? En el presente trabajo se analizan los modos y las estrategias por medio de los cuales Félix de Azara, Alcides D'Orbigny y Juan Bautista Ambrosetti se constituyen como una voz de autoridad, a través de algunos de sus escritos realizados a partir de distintas experiencias de viaje. Estos recursos no son usados siempre de modo consciente, de hecho ocurren contradicciones y conviven diferentes estilos literarios, de acuerdo a las diferencias de época y de experiencias. La comparación, por otro lado, aporta algunas herramientas para pensar las relaciones entre estos viajeros y el surgimiento del campo disciplinar de la Antropología, especialmente en Argentina.

A continuación, se introduce brevemente a la problemática de los escritos de viaje y la autoridad científica, haciendo un breve recorrido por algunos autores que han reflexionado sobre estas temáticas. Luego se presentan y contextualizan los tres autores de referencia, enfatizando en aspectos biográficos y en los dilemas científicos predominantes en cada momento. Se procede después al análisis comparativo de sus escritos, buscando posibles convergencias y disidencias, para los cuales se puntualiza en tres aspectos distintos (aunque interrelacionados): las redes y comunidades científicas, el género literario y las lecturas posibles de los textos, y la rigurosidad de la observación y la utilización del lenguaje técnico para sustentar la autoridad científica de la mirada.

La literatura acerca de los relatos de viajes es extensa y ha encarado diversos aspectos de los mismos. Hacer un recorrido por la bibliografía existente escapa a las intenciones de este trabajo, pero señalaremos algunos trabajos imprescindibles a la hora de retomar esta temática. En las últimas décadas del siglo XX, los procesos de descolonización provocaron cuestionamientos en torno a la construcción

del conocimiento, de sus implicaciones en las relaciones de poder y de las desigualdades mundiales a la hora de construir significados. Entre estos planteamientos se sitúa la obra de Mary Louise Pratt *Ojos Imperiales*^[2] (2011), en la cual la autora (desde el campo de la literatura) analiza el relato de viaje tanto desde el género literario como desde un punto de vista crítico respecto de la ideología que sustenta dicho relato. Su objetivo es demostrar que dichos escritos realizados por europeos sobre lugares no europeos del mundo crearon un orden imperial para los europeos “locales”, creando a su vez una literatura que promovía y validaba la expansión imperial para la mayoría del público lector europeo, aún cuando los beneficios de las tierras invadidas, colonizadas y exploradas fueron para unos pocos. Respecto de esta mirada, el historiador Ricardo Cicerchia hace una crítica a los modelos que enfatizan las funciones del lenguaje en el análisis de los relatos, sugiriendo que podría conllevar a entender la escritura como expresión directa y automática de deseos imperiales. El autor no deja de comprender el viaje como un instrumento de consolidación de un proyecto de la burguesía europea en expansión, pero destaca la importancia del encuentro de sistemas que se produce en las zonas de contacto, “un territorio trans-cultural que coteja visiones, gestos y tecnologías, un espacio móvil, fragmentado y efímero, producido por la eficacia histórica del mismo evento” (Cicerchia, 2005:24).

Desde una reflexión antropológica, Esteban Krotz (1991) plantea la cuestión del viaje en relación al trabajo de campo, haciendo notar que toda la tradición disciplinaria tiene como condición de posibilidades al viaje, en tanto “secuencia de situaciones en la cual personas pasan transitoriamente cierto tiempo en otras culturas y comunican posteriormente sus observaciones y exponen los objetos traídos desde allá, en sus lugares de origen” (Krotz, 1991:51). Esto le permite vincular la reflexión por el viaje con la reflexión sobre la propia práctica del trabajo de campo, puesto que esta operación permite esclarecer ciertos aspectos significativos de la labor etnográfica. Al respecto, James Clifford señala que el viaje se trasluce a primera vista como una experiencia que por sí misma es significativa, tanto para los autores como para los lectores, los contemporáneos y los que se sucederán en el tiempo; donde las prácticas de desplazamiento constituyen aspectos (o procesos) constitutivos de los significados culturales, en lugar de ser su simple extensión o transferencia. ¿Qué pasaría entonces si el viaje fuera visto sin trabas, *como un espectro complejo abarcador de las experiencias humanas?* (Clifford 1999).

Desde la antigüedad los viajes produjeron nuevos horizontes cognoscitivos, imaginativos y sociales. Gracias a esta práctica del traslado Occidente llegó a definirse como una entidad en oposición a las realidades ajenas, distantes en el espacio y el tiempo. Según Guillermo Wilde (2007), los relatos de viajes instalan el problema del Otro a nivel discursivo configurando una “forma primitiva de antropología” (que Penhos (2005) denomina “proto etnografía”). A partir de la mitad del siglo XVIII se generan las condiciones para la formación de un discurso objetivo del otro, época en que la “nueva economía de la escritura supone la plena visibilidad del autor, creador original de una obra de la que, legítimamente, puede esperar un provecho” (Chartier, citado por Penhos, 2005: 181). Es en esta época donde se da una plena interacción entre los viajeros, concededores de métodos de recolección de datos, enviados especialmente por los estados absolutistas para explorar las colonias; y los filósofos quienes inspirados en las imágenes que les llegan de los americanos vuelven su mirada crítica sobre una Europa decadente. “Aunque no se ha producido entonces una diferenciación de disciplinas, un proyecto antropológico propiamente científico, basado en los conceptos y la práctica de la observación, ya comienza a perfilarse en esta época. Tarde o temprano, la diferencia cultural será transformada en objeto” (Wilde, 2007).

Cuando volteamos la mirada hacia el mismo escritor y no ya hacia aquello que está queriendo interpretar, surgen cuestiones como ¿hacia quién o quiénes va dirigido el relato? ¿desde qué posicionamiento/s se habla? ¿a través de cuál o cuáles recursos literarios? ¿cómo aparece la experiencia en la representación del autor? ¿Cuál es la vinculación entre la experiencia perceptiva del espacio y el relato escrito del viaje?

Analizando la relación entre la experiencia y el texto producido a partir de la misma, se busca esclarecer los procesos por los cuales los viajeros construyen su identidad “socio profesional” al ubicarse en determinadas taxonomías de estatus y credibilidad, al realizar de determinados rituales y protocolos y

[2] La primera edición en inglés es de 1992. En 1997 lo editó en español la UNQUI y en 2010 y 2011 Fondo de Cultura Económica.

mediante la apropiación y circulación de poder (Biagioli, 1993). Esto no quiere decir que la identidad se construya con los mismos mecanismos en las diferentes épocas o que las comunidades científicas posean las mismas reglas en el siglo XVIII que en el XIX. Tampoco se puede hablar de intención plena en esa acción, puesto que las acciones individuales se hallan inmersas en culturas y contextos socio-políticos determinados, como se desarrollará más adelante. Lo que interesa es mostrar cómo ciertas experiencias que aparentan ser singulares y subjetivas se transforman en informes escritos autorizados: cómo el encuentro transcultural, atravesado por relaciones de poder, es aceptado como una versión discreta del “otro” a partir del relato de un sólo individuo (Clifford 1992:144). Por lo tanto, no solo interesa el texto como una herramienta de traducción de experiencias individuales, sino también el contexto que opera como un conjunto de fuerzas sobre el escritor. Viéndolo así, podemos analizar el relato de viaje científico más allá de la escritura en sí misma, considerando las experiencias del viaje y las relaciones intelectuales, políticas y de poder^[3] que lo atraviesan, así como las transformaciones del individuo durante el mismo. A su vez, la contextualización pone en evidencia el carácter relacional del viajero y del viaje: aunque el autor firma a modo individual, sus actividades están enmarcadas y producidas bajo determinados órdenes de las cosas^[4].

La selección de los tres viajeros no es casual: los autores refieren a espacios en común, geográficos en principio pero también de otra índole: los tres han viajado por el Chaco y escriben sobre sus características geológicas, botánicas, faunísticas y culturales. En conjunto permiten un panorama temporal que abarca todo el siglo XIX: Azara realiza sus viajes a fines del siglo XVIII y principios del XIX (1782-1801), D’Orbigny en la primera mitad de siglo (1826-1833) y Ambrosetti a fines de siglo XIX (1885). También es intencional la elección de fuentes éditas: el producto escrito del viaje es un discurso que surge en determinado ámbito social y con cierta finalidad, por lo tanto a través del mismo (en este caso, el libro) el análisis accede a la posibilidad de incluir no sólo las condiciones de producción del texto (digamos, la experiencia de viaje y el mundo que la produce y condiciona) sino también las posibles lecturas de estas obras, considerando que la constitución de la autoridad también se relaciona con la circulación y recepción del libro.

Además, es interesante señalar que D’Orbigny ha leído a Azara antes de viajar y a su vez Ambrosetti lo ha leído a D’Orbigny, conformándose redes -al menos simbólicas- de relatos, experiencias, desafíos y descubrimientos. Al momento de partir, los neófitos imaginan mundos exóticos, paisajes desconocidos, aventuras peligrosas y animales y plantas extraños. Esta recreación de un mundo extraño pero posible es, en cierta forma, un motor que desencadena la vocación por el viaje, por el desplazamiento fuera de la ciudad y su órbita civilizada. La verdadera ganancia del viaje exige más que un trofeo de guerra: lo que interesa es el relato mismo, la historia del “descubrimiento”. El objetivo parece estar sometido a la empresa del relato inaudito al estilo de Ulises, que en definitiva será más que un punto de llegada: un punto de partida para nuevos viajes... “¿Acaso Colón mismo no partió porque había leído el relato de Marco Polo?” (Todorov, 2009:24).

América, las tierras incógnitas, son atractivas y seductoras: lo exótico provoca fantasías de juventud y moviliza deseos personales de superación y consagración. Pero las expediciones estuvieron enmarcadas a su vez en deseos imperiales, por lo tanto las fantasías no destierran a los incipientes científicos, que relatan sus experiencias desde esta doble condición: como individuos que se maravillan, a menudo bajo una mirada romántica e ingenua, con un mundo desconocido y como “embajadores” del imperio científico que los financia, promueve y regula (Pratt, 2011). Al combinarse el viaje heroico con el informe científico, no deja de ser importante -en ambas situaciones- la referencia a los antecesores:

[3] Diferentes enfoques críticos sobre la historia de la ciencia han profundizado sobre los nexos indisolubles entre ciencia y política, o sobre la ciencia como política. “Ciencia e imperio, viajes de descubrimiento, historia natural, geografía, medicina y antropología son, entre otros, temas de investigación histórica y sociológica en los que la relación entre la práctica científica y el poder son evidentes” (Greiff y Nieto, 2008:45)

[4] “No se trata de ligar consecuencias, sino de relacionar y aislar, de analizar, de ajustar y de empalmar contenidos concretos; nada hay más vacilante, nada más empírico (cuando menos en apariencia) que la instauración de un orden de las cosas; nada exige una mirada más alerta, un lenguaje más fiel y mejor modulado; nada exige con mayor insistencia que no nos dejemos llevar por la proliferación de cualidades y formas” (Foucault, 1984: 15).

además de tomar recaudos y realizar los preparativos correspondientes (revisión bibliográfica, acopio de mapas, recomendaciones de colegas y amigos, etc.) la imaginación es seducida y estimulada por la magia de los viajes anteriores^[5].

LOS VIAJEROS Y SUS MUNDOS

Félix de Azara y Pereda, aragonés nacido en 1742, era un estudioso de las leyes y la filosofía pero sobre todo de la matemática. A los veintitrés años ingresó en el Cuerpo de Ingenieros Militares de Barcelona y fue ascendido dos años después a subteniente de infantería e ingeniero delineador del ejército. Luego de la campaña de Argel es nombrado capitán de infantería e ingeniero extraordinario (Penhos, 2005:127). Estos reconocimientos le dan la posibilidad de formar parte en 1782 de la demarcatoria Expedición de América Meridional^[6], en la que realiza distintos recorridos por territorios sudamericanos de los cuales queda un amplio registro: diarios, informes, oficios, correspondencias, entre otros. En el presente análisis se hace referencia a un libro editado póstumamente por su sobrino y heredero Don Agustín de Azara: *Descripción é historia del Paraguay y del Río de La Plata*^[7].

Durante el siglo XVIII, siguiendo a Pratt (2011), se desarrolló “el proyecto de la historia natural” vinculado al surgimiento de la clasificación de Linneo y a la intensificación de los viajes y relatos de tierra adentro. Este proyecto de construcción del conocimiento creó una nueva “conciencia planetaria” centrada en Europa, cubriendo la superficie del globo y separando de manera discreta plantas y animales mediante la sistematización de las mismas dentro de un orden finito y totalizador. En 1735 ocurren dos sucesos que para la autora son demarcatorios: la publicación del *Systema Naturae* (de Carl Linneo) y el lanzamiento de la primera gran expedición científica^[8] de Europa para determinar la forma exacta de la tierra. La expedición de La Condamine que se dirigió a América del Sur resultó una empresa costosa: disputas con las autoridades coloniales sobre qué se podía o no se podía ver, medir, dibujar o muestrear; desconfianzas por los extranjeros con sus extraños aparatos; problemas logísticos de las exploraciones interiores, es luego de diez años que empezaron a retornar algunos sobrevivientes. La expedición en sí fue considerada un fracaso, pero de ella surgieron un sinnúmero de escritos y relatos que circularon por toda Europa, indicando el alcance y diversidad de la escritura producida por los viajes a mediados de siglo XVIII, la cual presentó ante la imaginación de los europeos partes lejanas del mundo (Pratt, 2011).

Durante la segunda mitad de siglo XVIII proliferan los viajes científicos y los nuevos lenguajes para designar el mundo. La pretendida superioridad de la civilización occidental es pensada como el eje de la evolución histórica dominada por la tendencia a la precisión científica, la cual coloca la observación como lugar central del conocimiento. La figura del “naturalista-viajero” remite a alguien que se forma

[5] *La idea de recorrer América con auspicios tan halagüeños no podía menos que agradarme. Mil cuadros, cada uno más seductor que el otro, se presentaban en mi imaginación. Ya me veía en el seno de esa naturaleza virgen, rodeado de cosas nuevas y observando en su suelo natal a los animales que caracterizan al otro hemisferio. Los consejos de ciertos viajeros experimentados no contribuían menos a determinarme.* (D'Orbigny, 1945:16)

[6] La Expedición tuvo cuatro partidas que se desarrollaron entre 1781 y 1801. La dirección general estuvo a cargo de José Varela y Ulloa y los comisarios fueron Diego de Alvear, Félix de Azara y Juan Francisco Aguirre (Penhos, 2005)

[7] La obra se terminó en 1806, pero para publicarla esperaba que le envíen de Asunción del Paraguay la copia del plano que había confeccionado y luego regalado a su Cabildo. Según Azara, éste era diferente al “oficial” que entregó al regresar a España ya que era resultado de sus trabajos “esprofeso” para su obra y para “el aprecio y distinciones con que le favorecieron aquellos naturales”. Como no logró conseguirlo, solicitó al Gobierno español el mapa que tenían para rehacerlo, pero es impedido por la guerra de la independencia (1808-1814). Cuando regresa Fernando VII solicita de nuevo el mapa pero ya no se encontraba en las secretarías de Marina ni de Estado. El sobrino, una vez fallecido Félix, tampoco consigue el mapa pero publica por fin el libro. (Azara, 1847:2)

[8] Una parte de la Expedición, que estaba bajo liderazgo francés, fue dirigida por el físico Maupertuis hacia el norte. La otra, conducida por el matemático Louis Godin, se encaminó a América del Sur. Esta última fue más conocida por el nombre de uno de sus pocos sobrevivientes: el geógrafo Charles de la Condamine (Pratt, 2010: 44).

con la experiencia, lo cual provoca un modelo de narrativa que oscila entre la información científica y las impresiones estéticas, respondiendo a un ideal de rigor y de búsqueda de explicaciones al interior de la historia natural que exige instrumentales, descripciones, conocimiento de leyes físicas y matemáticas, entre otros (Cicerchia, 2005). De a poco se va constituyendo la voz científica de la experiencia.

En 1802, cuando Azara apenas retornaba de sus aventuras, nacía en Coueron (Loira Inferior), Francia, Alcide Dessalines D'Orbigny. Hijo y hermano de dos médicos amantes de la Historia Natural y autores de varios libros de zoología y botánica, estuvo desde joven vinculado con el Museo Nacional de Historia Natural de París "respetado por sus maestros y atendido con señalada predilección por Cuvier" (Morales, 1945:8, prólogo de *Viaje...*). Con solo veinte años, publica en la Sociedad Científica de París una Memoria sobre un nuevo género de gasterópodos, área de estudios en la cual se le considera precursor. El 15 de noviembre de 1825 el Museo de Historia Natural le ofrece una misión a las regiones australes de América del Sur, con el objeto de visitar, explorar y estudiar la fauna y flora, además de aportar nuevos materiales para las colecciones americanas de la institución. El futuro autor del *Viaje a la América Meridional* pidió un año de plazo antes de partir; durante el cual se consagró a estudios especiales que acrecentaron e intensificaron sus conocimientos, y frecuentó y se hizo asesorar por naturalistas y viajeros del fuste de Cuvier, Humboldt, Brongniart, Cordier, Letreille y Blainville. El 31 de julio de 1826 partió del puerto de Brest con el título de *naturalista-viajero*^[9] y con destino final a Buenos Aires, haciendo escalas en Tenerife, Río de Janeiro y Montevideo (Morales, op.cit.).

Una vez llegado, realizó un pequeño recorrido de navegación por el río Paraná hasta más allá de Corrientes, Chaco y Misiones^[10]. Luego viajó a la Patagonia, pasando a Chile, Perú y Bolivia. El viaje se prolongó desde septiembre de 1826 hasta junio de 1833 abarcando seis países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Perú y Uruguay. En 1834 regresa a su país natal donde organiza documentos y observaciones, los clasifica y corrige, publicando por fin en 1839 el primero de nueve tomos^[11]. Para el presente análisis se ha utilizado la obra *Viaje a la América Meridional*^[12], en mayor parte el Tomo 1 (de cuatro en total).

A fines de siglo XIX, la dirigencia político-intelectual argentina era interpelada por los cambios tecnológicos y urbanos de la modernidad que se extendía rápidamente, frente a los que surgieron inquietudes e incertidumbres que se asociaron prontamente a programas de construcción de la nacionalidad, buscando proveer algo substancial que permaneciera por debajo de los cambios (Terán, 2008:31). En este marco se afianzan las campañas de expansión territorial-simbólica, ofreciendo la posibilidad a un puñado de intelectuales de realizar viajes hacia los *confines* de la nación: personajes como J. B. Ambrosetti, F. Moreno, E. Zeballos, A. Quiroga y S. Lafone Quevedo recorren, junto a las campañas militares, culturas y paisajes lejanos, desiertos colmados de *otredad* (Perazzi, 2003). Es una época donde la práctica del coleccionismo se halla extendida entre diversos grupos de la sociedad porteña, y muchos jóvenes dedicados a las ciencias y a las "bellas artes" comenzaron a reunirse en los Claustros del Colegio Nacional y de la Universidad de Buenos Aires formando distintas asociaciones científicas y literarias

[9] El rol de "naturalista-viajero" era corriente en los museos de siglo XIX. En Argentina, tanto en el Museo Público de Buenos Aires (desde 1880 Museo Nacional) como el Museo "La Plata" tenían un cargo de naturalista viajero aquellos que competían con otros no-empleados que formaban colecciones para venderlas a las instituciones. Ambrosetti, por ejemplo, trabajó como viajero contratado por el Museo de La Plata en la última década de siglo XIX, con la tarea de explorar el territorio de las Misiones. (Podgorny, 2002; Farro, 2009).

[10] Este viaje corto se debió a una demora obligada en Buenos Aires por cuestiones comerciales, puesto que el valor de la moneda en Argentina -el peso, "papel moneda"- estaba devaluado y en principio no le reconocieron el valor de sus pesos fuertes (pesos de plata). En espera de las letras procedentes de Francia que apartaran los obstáculos financieros parte hacia Corrientes.

[11] La colección completa contiene quinientas planchas coloreadas; siendo los dos primeros tomos y la mitad del tercero tratados sobre el hombre de América, el origen de los nativos y la historia de las naciones..

[12] Título original francés: *Voyage Dans L'Amérique Méridionale*. Versión directa de Alfredo Cepeda. El título completo, como aparece en la portada, es: *Viaje a la América Meridional. Brasil, República del Uruguay, República Argentina, La Patagonia, República de Chile, República de Bolivia, República del Perú; realizado de 1826 a 1833 por Alcides D'Orbigny, Caballero de la Orden Real de la Legión de Honor, Vice-Presidente de la Sociedad Geológica de Francia, etc.* Prólogo de Ernesto Morales.

(Farro, 2009). Es también el momento de nacimiento de los museos nacionales y de los primeros pasos de la tradición antropológica (en un sentido profesional^[13]) en nuestro país.

Ambrosetti nació en Entre Ríos en 1865 dentro de una familia acomodada, su padre Tomás A. Ambrosetti fue un “distinguido comerciante y hombre culto”. Recibió formación en el English College y en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Se analiza aquí su libro *Viaje de un Maturrango*^[14], escrito bajo el seudónimo de Tomás Bathata y publicado originalmente en 1893, ocho años después de la realización del viaje^[15]. Gracias a su amistad desde joven con el Dr. Holmberg^[16], Ambrosetti frecuenta los círculos de élite sociales, científicos y literarios de la ciudad de Buenos Aires; allí conoce al Capitán Romero, quien lo llevará -con veinte años- a la guarnición en la línea del chaco santafesino.

CONVERGENCIAS Y DISIDENCIAS

El énfasis del análisis se ubica en el ejercicio comparativo, en los posibles puntos en común y disidencias que podemos obtener de una mirada panorámica de los tres viajeros y en las herramientas que pueda otorgar este análisis para pensar las distintas estrategias de construcción de autoridad científica.

En la segunda mitad de siglo XVIII la exploración científica, imán de energías y recursos de las élites intelectuales y comerciales de Europa, es un foco de interés público y fuente de poderosos aparatos de ideas e ideologías. El cambio de las exploraciones marítimas a las exploraciones interiores se asocia a nuevas maneras de codificar, en la literatura de viajes, las ambiciones imperiales europeas (Pratt, 2011:64). Al elaborar las categorías taxonómicas, nomenclaturas, lenguajes técnicos, informes y escritos similares, la ciencia propone una descripción de lo visible, una correlación entre dos cosas que no estaban juntas y a la vez una reducción de la variabilidad (de lo visible) a un orden finito. La Historia Natural aprovecha esa distancia abierta entre las cosas y las palabras, “distancia silenciosa, carente de toda sedimentación verbal”, para deslizar no un deseo de saber, sino una nueva manera de anudar las cosas utilizando al mismo tiempo la mirada y el discurso (Foucault, 1984:130). Aunque la ciencia natural se constituye en y por medio del lenguaje, Pratt recuerda que esta tarea se realizó en muchos aspectos de la vida social y material, resultando de ella nuevas demandas tecnológicas, empleos, redes de patrocinio y financiamiento de expediciones científicas y sociedades profesionales (Pratt, 2011:67). La demarcación, el relevamiento, la descripción corresponden a modos determinados de control territorial, a intereses específicos por el conocimiento profundo (material y simbólico) del interior continental en tanto fuente de recursos económicos: minerales, vegetales, agrícola-ganaderos y humanos.

En primer lugar, la relación con viajes anteriores remite a una filiación entre distintas generaciones de viajeros, un árbol familiar que opera como referencia para los escritores: allí se ubican como herederos o ahijados intelectuales, parientes cercanos o distantes de la estirpe de viajeros y aventureros de

[13] Si bien las carreras de Antropología no surgen hasta la década de 1960, se reconoce en figuras como Moreno, Ameghino, Zeballos, etc. a los primeros referentes de esta tradición disciplinar (Podgorny, 2002; Farro, 2009; Perazzi, 2003).

[14] En América se usa el término “maturrango” para referir a un mal jinete, a una persona pesada o de mal movimiento. También para referir al español o europeo. Según Cortazar, el término fue usado de modo peyorativo por los criollos de la guerra gaucha para hablar de los españoles. (Cortazar, prólogo a *Viaje de un maturrango y otros relatos folklóricos*, 2005). He desarrollado más el análisis de este libro en “El viaje de Ambrosetti. La historia antropológica y su relación con *el otro*”, ponencia presentada en las VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Buenos Aires, 2 de noviembre de 2009 (en prensa).

[15] El relato es una re-elaboración del diario de su primer viaje “científico”. En otras ediciones (1963 y 2005) figura Ambrosetti como autor en la portada y se agrega un estudio preliminar, textos introductorios a cada capítulo, notas y una extensa bibliografía a cargo de A. R. Cortazar, discípulo de Ambrosetti.

[16] Eduardo Ladislao Holmberg (1852-1937) era médico aficionado a las Ciencias Naturales e importante figura en los círculos de sociabilidad de la época, fue además padre de María Helena Holmberg, quien más tarde contrae matrimonio con Ambrosetti (Perazzi 2003, Cortazar en el Prólogo a *Viaje de un Maturrango* 2005).

América y del mundo. La red que se produce da cuenta de múltiples comunidades de sabios, científicos y expertos que interactúan entre sí, a través del diálogo, del intercambio de información, de mapas, de herramientas e indicaciones. Al ubicarse en este tejido, cada autor construye un modo de autoridad que puede pensarse de dos maneras: Por un lado, la autoridad logra su veracidad a partir del posicionamiento en un determinado campo de conocimientos: lo que se dice es válido en la medida en que se pone en diálogo con determinadas cosas dichas, es decir, con un determinado ámbito de producción de saberes, una comunidad de pensamiento (Foucault, 1984). Por el otro, la autoridad se construye a raíz de la pertenencia misma a dichas redes de expertos. Es decir, se logra al poseer un lugar dentro de la red que reúne diferentes viajeros y escritores por ciertas características, una suerte de “comunidad de práctica” que no es un mero conjunto caótico de relaciones personales y voluntarias, sino que posee características estructurales específicas y presenta lógicas que vinculan a los viajeros con diferentes sujetos a través de los cuales se obtiene y se circula el poder (Biagioli, 1993). Cada uno de estos modos de posicionamiento se combina con perspectivas diacrónicas y sincrónicas respecto de las tradiciones de pensamiento.

En el Prólogo a *Descripción Azara* detalla las obras de viajeros anteriores, haciendo comentarios de sus vidas personales y los derroteros de viaje. Indica también qué tipo de información brinda cada autor y por qué los considera útiles o defectuosos según sea el caso, hallando que muchos de ellos “no tuvieron bastantes conocimientos locales ni del número de naciones ni de indios, ni de su situación ni costumbres” y por lo tanto él se encuentra en el deber de corregir, re-escribiendo la historia del descubrimiento y la conquista (Azara 1847:2). Todos los autores^[17] poseen para él defectos en distintos grados. Sobre Centenera, por ejemplo, dice que posee mérito poético pero que en cuanto a documento histórico tiene tantos hechos increíbles e inventados que no debe consultarse de ser posible. Sin embargo los utiliza porque son las únicas fuentes, aclarando que corrige cuanto puede en base a los “papeles auténticos” que ha visto en los archivos. Estos viajeros y cronistas anteriores conforman la comunidad de viajeros en donde se ubica Azara, a su vez le ofrecen un panorama de conocimientos con los cuales confrontar sus nuevos descubrimientos.

D’Orbigny se ubica explícitamente en línea con Azara “en su lar” cuando recorre los mismos territorios, pero se considera a sí mismo como nueva autoridad, como un observador que podría corroborar lo escrito previamente, convirtiendo lo “fabuloso” de sus animales en sabiduría a partir de nuevas y más sistemáticas observaciones (D’Orbigny 1945:87). En toda la obra la referencia a Azara no cesa, éste es un continuo parámetro con el cual comparar las anotaciones, especialmente en cuanto a las clasificaciones taxonómicas. De formas similares, Ambrosetti refiere a sus predecesores D’Orbigny, Figuiér, Holmberg, etc. A pesar del carácter aparentemente anecdótico de su relato, utiliza la nomenclatura científica y hace referencias a sus predecesores para obtener validez como especialista. Estos ejemplos muestran cómo se constituye una red científica de antecedentes y sucesores que han escrito sobre temas comunes (aunque desde distintas época y enfoques) y en referencia a espacios –geográficos, pero también naturales y culturales- comunes.

Estas redes también operan en el sentido inverso, es decir, hacia el futuro: incide sobre los objetivos explícitos y subyacentes del viaje, sobre la dirección que se adopta y el modo en que se escribe, sobre las rutas seleccionadas y las preguntas que se realizan. Es posible viajar porque antes alguien lo hizo.

Por otro lado, la expansión del sistema clasificatorio que impulsó Linneo y que generó cierto tipo de expediciones y sus correspondientes narrativas -basadas en un paradigma donde todos los seres vivos pueden ser incluidos en el marco de una “conciencia planetaria” que implantaba una visión homogeneizadora y hegemónica del mundo natural- produjo un tipo de narrador o “embajador del imperio de Linneo” como lo llama Mary Louise Pratt, que intentaba apropiarse de ese mundo intelectualmente. En este segundo punto, cierto tipo de escritura extendió sus caminos por todo el ancho mundo y los libros informativos que resultaban de estos viajes llegaron a ser “hobbies serios para gente rica de toda Europa” (Pratt, 2011). Si bien los registros eran necesarios para organismos e instituciones que

[17] Los autores a los que refiere son Uldérico Schimidels, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Antonio Herrera, Martín del Barco Centenera, Ruiz Díaz de Guzman, el Padre Jesuita Lozano y el Padre Guevara.

habían promovido y financiado las expediciones, la lectura de dichos escritos excedía el ámbito puramente científico. Los viajeros sabían esto y también frente a este público lector más amplio creyeron necesario demostrar su autoridad. El estilo de escritura en los tres, aunque en distintas formas y por diferentes motivos, es una mixtura de informalidad e informe oficial, de “literatura de supervivencia”, descripción cívica y narrativa de navegación.

Las derivas del viaje son llevadas comúnmente al género de aventuras, con sucesos que son dignos de Verne o de Marco Polo, constantemente se leen anécdotas que se intercalan con notas botánicas, descripciones físicas, clasificaciones de animales y costumbres de otras culturas; muchas veces apelando al sentimiento del lector, a su humanidad: son las dificultades y padecimientos, las diversas “pruebas” que han tenido que realizar -en general en contra de sus planes pero gracias a su fuerza de voluntad- estos hombres intrépidos para lograr sus objetivos. Como vimos, cada autor debe ceñirse a ciertos parámetros técnicos para dar valor a su relato como documento histórico y científico o como interpretación de un mundo al cual no se tiene acceso de otra manera. A su vez, la lejanía del viaje y el exotismo del paisaje y los acontecimientos facilitaban la construcción de una voz privilegiada, en tanto relatores de imágenes sobre mundos lejanos. Para dar cuenta de cuán lejanos eran esos mundos y de sus dificultades de acceso, recurrían a la literatura heroica, de supervivencia, agregando otros valores a sus interpretaciones de la expedición, magnificándolas a partir de la idea de sacrificio en pos de la ciencia y el descubrimiento.

Las estrategias funcionan en uno y otro sentido: aportan un corpus de conocimientos acorde a las exigencias de la comunidad científica, pero aquello que se escribe no es sólo para las discusiones al interior del gabinete o de los círculos de sociabilidad erudita, sino que es atractivo e incluso importante para una comunidad mayor. La intención de ser leído por un público amplio modifica -conciente e inconcientemente- el tipo de información, ampliando ciertos temas y momentos, suprimiendo o reduciendo al mínimo otros.

La obra de Azara contiene una gran cantidad de detalles y profundidad descriptiva: trazados de ríos principales, puertos y pescados; clima y vientos; disposición y calidad del terreno; sales y minerales; vegetales “silvestres” y “de cultivo”; animales e incluso indios “silvestres” y “reducidos”, con dedicado interés en el registro etnográfico. Escribe en una época en que es necesario describir la mayor cantidad de mundo posible, en el auge de los viajes exploratorios al interior de los continentes. Provee gran cantidad de datos geográficos, de ubicación longitudinal y latitudinal y de tiempos de viaje, que son de poca utilidad para el lector profano que busca en los relatos imaginarse aquellas tierras, pero que son de gran utilidad para el expansionismo imperial.

Alcides D´Orbigny también desarrolla una gran amplitud temática, con gran profusión en las referencias científicas (sobre todo en las taxonomías animales y vegetales), abarcando diversos territorios en la extensión del viaje. La descripción es abundante hasta en el menor detalle, pero la descripción apunta hacia el paisaje en un sentido más general y estético, el relato invita al lector a trasladarse al viaje mismo, a los avatares de la navegación por el mar, el aroma de las islas repletas de durazneros y naranjos subiendo el Río Paraná, las noches silenciosas -sólo interrumpidas por el canto del *ñacurutú*- del bosque chaqueño. Su estilo muestra un claro interés por ser leído no sólo por expertos. Una característica del texto que favorece este propósito es que la mayoría de los comentarios sobre nomenclatura científica, aclaraciones sobre detalles de ciertas especies, libros de referencia, etc. están consignados como nota al pie. D´Orbigny combina en su relato el disfrute con el esfuerzo de su tarea: comentarios sobre la escasez de alimentos, el frío, los animales salvajes, los peñascos riesgosos y los accesos difíciles a la medición y observación tenaz son constantes:

[...] casi continuamente, la excesiva frescura del tiempo, contra la cual carecía de ropas convenientes, me privaba en absoluto de descanso. En esas enojosas circunstancias, haciendo de la necesidad virtud, pasaba noches enteras contemplando el cielo tan puro de América, en esta época del año, admirando la calma de la naturaleza, en que reinaba un silencio total, sólo quebrado por la agitación del follaje, los gritos de los pájaros ribereños o nocturnos y el continuo bordoneo de los mosquitos, mil veces más insoportable que los gritos más agudos. Los habitantes de nuestras ciudades, cuando leen tan cómodamente,

cerca del fuego o en el tranquilo santuario de sus gabinetes, un relato de viajes, imaginan al protagonista siempre sumido en goces novedosos. ¡Qué lejos están de saber lo caros que se pagan esos goces, con cuántas privaciones los compra y de cuánta paciencia, coraje y perseverancia debe armarse para afrontar los disgustos, contrariedades y peligros de un viaje prolongado, lejos del centro de la civilización! (D´Orbigny, 1945:132).

Este pasaje condensa varios aspectos de su libro: el padecimiento, las “enojadas” y adversas condiciones de hospedaje; la superación, virtud que despierta en él gracias a la admiración de la noche americana. Pero el paisaje le hace también reflexionar hacia el lector ciudadano, sentado en un sillón o en el gabinete, instándolo a salir de su comodidad y ponerse en lugar del protagonista, perseverante y sujeto a disgustos, contratiempos y peligros inimaginablemente salvajes. La desdicha se exagera mediante el recurso implícito al dualismo barbarie/civilización: D´Orbigny es un hombre civilizado y que pertenece al tranquilo santuario de los gabinetes, pero se encuentra en medio de la exótica barbarie, durmiendo sobre unas cuantas ramas y cueros de vaca.

En relación a esta intencionalidad, el carácter narrativo y de presentación de *Viaje de un murrango* de Ambrosetti podría considerarse mucho más cercano a lo popular que el de Azara y D´Orbigny, puesto que utiliza un lenguaje que pertenece al orden del sentido común, excepto en ciertos pasajes muy particulares; apoyando este estilo, los capítulos aparecen ilustrados con imágenes casi caricaturescas sobre la aventura, creadas por Eduardo Alejandro Holmberg^[18], hijo de su gran amigo y protector. Por otra parte, la extensión y los objetivos del viaje son menores: tan sólo recorre la línea de frontera del chaco santafesino y no tiene contrato alguno con instituciones gubernamentales o científicas que exijan informes técnicos. No es de menor importancia que al momento de viajar Ambrosetti la región ya ha sido descrita profundamente y recorrida por distintos expedicionarios, por lo tanto la demanda de conocimientos sobre la misma es otra. Estas características colocan a su relato en un lugar de bisagra: ya existe una incipiente cultura científica nacional en el Río de La Plata, la cual escribe de acuerdo a los parámetros del progreso científico e intelectual y de la cual este joven empieza a formar parte; pero el escritor adopta la narrativa tradicional del viajero naturalista, tanto en el estilo de escritura como en la organización del libro. Este juego entre la herencia del estilo naturalista y las aspiraciones de la nueva élite cultural y científica indica que no es tan casual su posicionamiento como inexperto frente al viaje, más bien puede ser sintomático del pasaje a nuevas formas de observar y escribir el encuentro transcultural.

Por último, tanto Ambrosetti, como D´Orbigny y Azara adoptan una posición de observador atento y fiel a la verdad, aplicada a una sistemática recolección de información. Cada uno en distinta magnitud e incluso dando como resultado obras cuyos contenidos son de diferentes índoles. Vale recordar que los diarios e informes oficiales responden a una normativa que pretende regir y controlar su producción: además de solicitar un informe de la actividad de cada partida y un pormenorizado detalle de las características topográficas e hidrográficas de los terrenos relevados, las autoridades que impulsaban los viajes establecían instrucciones (Podgorny, 2002) que indicaban que los diarios debían incluir descripciones de animales raros que se encontraran y todos los objetos que se juzgaran interesantes a la Física e Historia Natural, actuando además como centros de acopio de información y bienes. Esto implicaba ciertos métodos que se debían seguir para el ordenamiento de las anotaciones y para el despliegue observacional; utilizando los instrumentos correctos para cada fin que permitieran dar cuenta del mundo natural y humano, gracias a su mediación cada vez más objetiva. Las representaciones de ese acopio de conocimientos debían funcionar como “elocuentes puestas en orden de una masa de información que a simple vista se revelaba como caótica.” (Penhos, 2005:152).

La mediación de los instrumentos también ofrece ciertas garantías de objetividad. Azara, por ejemplo, aclara que siempre anota la latitud geográfica guiándose con el sol (de día) y las estrellas (de noche), los puntos laterales se obtienen con una brújula (corrigiendo la variación magnética con el Azimut, calculado a su vez con el sol): “sin usar jamás de estima ó del poco mas ó menos, hice el mapa de mis viages situando en él todos los pueblos, parroquias y puntos notables por latitudes y demarca-

[18] El dibujante figura en la portada bajo el seudónimo de Noris Zucoff y realiza su obra a posteriori del viaje puesto que no participa en él, en base a unos bocetos del propio Ambrosetti.

ciones observadas, y creo que ninguno de ellos tiene error” (Azara, 1847:1). Para corroborarlo, realiza los planos en simultáneo con su compañero el capitán de fragata D. Antonio Alvarez Sotomayor.

En el trabajo de Ambrosetti la referencia a la técnica debe ser rastreada con mayor atención por el lector interesado. Ésta aparece vinculada a situaciones específicas, las herramientas técnicas que utiliza (redes, cianuro de potasio, frascos, etc.) se deslizan entremedio de la historia y de la aventura, pero es notable el pasaje desde un naturalista aficionado a un etnógrafo: de las primeras descripciones –más ingenuas tal vez- del monte y los insectos capturados en cianuro, las notas en la libreta van dejando un lugar cada vez mayor a los indios y la vida en la reducción, a los ingenios y a las costumbres dentro de los fortines; al final del libro se lee más a un experimentado viajero que a un joven entusiasmado por la aventura. A pesar de su propia consideración como inexperto, los registros que selecciona y publica Ambrosetti de su libreta de viajes^[19] dejan entrever a un joven “científico” que se preocupa por la autenticidad y sistematicidad de su observación. Tanto en las ciudades, los ingenios, los fuertes o las reducciones recoge información acerca de las condiciones demográficas, territoriales y ambientales de diferentes poblados y asentamientos. También *colecciona* datos sobre cantidades de producción anual, tecnología disponible y técnicas de producción, comidas, festejos, rituales, vestimenta, vocablos, medios de transporte, tipos de construcción. En esta perspectiva, el libro puede ser valorado como relevamiento etnográfico del chaco santafesino a fines de siglo XIX. En este punto, su labor puede compararse a la realizada por viajeros anteriores, como Azara y D’Orbigny, y con viajeros posteriores, es decir, con los etnógrafos y antropólogos que realizaron trabajo de campo en esa región.

Otro aspecto de la actitud técnica está relacionado con la pertenencia a culturas científicas determinadas, lo cual implica prácticas comunes y reflexiones ligadas a la intersubjetividad conciente e inconciente de los viajeros-intérpretes. En relación a esta cultura compartida, Marta Penhos señala la existencia de una “comunidad de demarcadores”: Azara a lo largo de sus escritos produce un inventario de nombres y apellidos, funciones, ubicaciones, relatos, entre otros; de diversos personajes que conforman una red distribuida por los territorios de Argentina, Uruguay y Paraguay; que intercambian experiencias, materiales visuales y textos, generando un gran “mapa omnicompreensivo” de la región (Penhos, 2005). Pero hay más: esta red también estaría permitiendo a un conjunto de especialistas que a través de la misma no sólo intercambian diferentes informaciones, sino que legitiman puestos y circulan el prestigio y el reconocimiento. Recordemos que este universo más amplio se vincula al menos con dos cuestiones: Por un lado, con una multiplicidad subjetiva, conformada por otros autores, viajeros, especialistas, que dialogan en torno a una temática común. Por ejemplo, las clasificaciones de cuadrúpedos en Azara responden a las realizadas por Buffon y enfrentan de este modo a la sistemática de Linneo. Por otro lado, están las condiciones históricas, sociales y políticas. Las mismas prefiguran un mapa posible y también deseable de acciones (ello conlleva por supuesto una serie de acciones imposibles e indeseables) que inciden en el viaje y su posterior traducción en relato. Redes personales, genealogías y comunidad de saberes se entrecruzan, trascendiendo el lugar del individuo como un héroe de la expedición, para dar cuenta de una estrategia colectiva. La autoconstrucción del científico se compone tanto de sus descubrimientos y la publicación de los mismos, como del marco de acción de cada viajero, dentro de una cultura y conducta determinada. La formación identitaria del científico es un parámetro clave para comprender ciertos procesos de adquisición de status social, permitiendo comprender tanto las estrategias cognitivas como las estrategias profesionales y de escritura (Biagioli, 1993).

DISCUSIÓN

Luego de haber recorrido y relevado con las correspondientes herramientas y los métodos más adecuados, después de haber corroborado la veracidad de las observaciones precedentes o incluso de haber realizado nuevos hallazgos, tras sortear peligros y contratiempos riesgosos, queda aún la inmensa tarea de escribir y comunicar la experiencia y los descubrimientos. El deber hacia el lector es en última

[19] Al final del libro hace saber al lector que ha arrojado el diario original a las llamas del hogar. Por tal motivo, es imposible saber qué tanto se ha recortado de la primera versión.

instancia el compromiso de contar fielmente lo sucedido para producir cierta autoridad, identidad científica que se autoconstruye a través del delicado equilibrio entre relato de viaje y exploración técnica-profesional. Es el “estar allí” del texto que involucra subjetividad y objetividad y que en la tradición antropológica se ha discutido muchas veces desde la problemática metodológica, olvidando el discurso que se construye en el propio trabajo de campo. Discurso en el sentido doble que plantea Geertz: de identidad o “firma” del autor y de modo concreto de formulación de las cosas, en un sentido que hace referencia a una comunidad de saberes (Geertz, 1997: 19).

La fidelidad se obtiene gracias a las estrategias que se van construyendo de a poco en el texto. En conjunto, se produce un *nuevo mundo* (para el lector y para el viejo mundo) que está poblado por seres de diversa índole, por plantas, animales, por montañas o ríos o pantanos. Un nuevo lenguaje y modo de mirar. Con este nuevo mundo ha nacido también un nuevo personaje: el viajero es ahora también escritor: héroe, traductor y puente entre un universo al cual ciertos ojos no llegan; un experto que puede acopiar ese gran caos de lo desconocido para encuadrarlo en los términos lingüísticos, taxonómicos y culturales de su lugar de origen, o sea, de una determinada comunidad de pensamiento; situada a su vez en un determinado contexto social, político, histórico y filosófico (Foucault, 1984; Pratt, 2011).

La construcción de la autoridad se consolida de esta manera a través de una serie de fragmentos discursivos, de un entramado de recursos que se ubican en distintos niveles de textualidad, intertextualidad y apariencia. A su vez, este telar está inmerso en un contexto histórico determinado, que favorece ciertos temas y espacios que se deberán recorrer y sujetar.

En los tres casos, los viajeros proveen herramientas para que las élites metropolitanas penetren determinados territorios del “interior” del continente y del país, proveyendo informaciones sobre las *lejanas* provincias y sus habitantes. El control detallado de lo que allí sucede no sólo implica un conocimiento geográfico y científico, sino también un relevamiento territorial de recursos disponibles tanto naturales como de mano de obra. El autor recibe a cambio de su laboriosa tarea mayor prestigio dentro de ese círculo social, mayor autoridad para *escribir* la sociedad y de esta manera, para conformarla. Obtiene también la posibilidad de acceder a diferentes instituciones, pongamos como ejemplo a Ambrosetti: gracias a su experiencia consigue acceder al Instituto Geográfico Argentino, a la Sociedad Científica Argentina, a la Revista del Museo de La Plata y más tarde al Museo Etnográfico de Buenos Aires, por mencionar las más importantes.

En cada caso, los interesados en la obtención del conocimiento son distintos, a modo general: la corona española, el Museo de Historia Natural de Francia y las élites porteñas de la generación del '80. Como vimos, los detalles del paisaje natural y social varían en cada autor, así como la extensión de ciertos temas y la ausencia de otros en relación a las diferentes culturas científicas e intereses socio-políticos. A partir de este panorama, si existen implicancias en cada época entre el viaje y la escritura del mismo como modo de construcción de autoridad profesional/científica ¿sería válido trazar genealogías entre estos autores a pesar de sus diferencias? ¿en qué medida estos viajeros-traductores se relacionan con la disciplina antropológica y qué lugar ocupa la autoridad en los escritos etnográficos del presente?

Podemos considerar a los viajeros que aquí se han trabajado como precursores de los primeros trabajadores de campo, siendo parte así de una tradición antropológica -local e internacional- que se extiende hasta el presente, con todas sus variantes y diversidades. En este sentido, indagar acerca de las estrategias que otorgan autoridad en un relato pone en relieve ciertos aspectos de la conformación del campo disciplinar. Retomando algunos aspectos planteados al inicio, el viaje, en tanto traslado que subyace al trabajo de campo como método característico de la antropología, es un aspecto fundamental del conocimiento transcultural y en tanto práctica no está desligado de relaciones de poder y de supuestos ideológicos que no sólo están presentes en el momento mismo de la experiencia sino también en la posterior escritura de la misma y en la formación identitaria profesional.

BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, Juan Bautista. 2005. *Viaje de un matorrango y otros relatos folklóricos*. Prólogo de A. R. Cortazar. Buenos Aires, Taurus. Primera edición.
- ARZE AGUIRRE, R.D. (comp.) 2002. *El naturalista francés Alcide d'Orbigny en la visión de los bolivianos*. La Paz, Plural Editores.
- AZARA, Félix. 1847. *Descripción é historia del Paraguay y del Río de La Plata*. Tomo 1. Madrid, Imprenta de Sanchiz.
- BATHATA, Tomas. 1893. *Viaje de un matorrango*. Buenos Aires, Jacobo Peuser.
- BENEDETTI, G. 2002. *Las Contribuciones Geográficas de Alcides DOrbigny al conocimiento de la flora y fauna del área de Bahía Blanca*. Ponencia presentada en el 49 Congreso Internacional de Americanistas (ICA 49), disponible en <http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/49CAI/Benedetti.htm>
- BIAGIOLI, Mario. 1993. Prólogo: "La cultura de la corte y la legitimación de la ciencia" y Capítulo I: "La autoconstrucción de Galileo", En: Biagioli, Mario *Galileo cortesano. La práctica de la ciencia en la cultura del absolutismo*. Katz.
- CICERCHIA, Ricardo. 2005. "Viajeros ilustrados. El relato europeo de un solo mundo", En: Cicerchia, Ricardo *Viajeros. Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*. Buenos Aires, Troquel.
- CLIFFORD, James. 1992. "Sobre la autoridad etnográfica"; En: Reynoso (comp.) *El surgimiento de la antropología posmoderna*. España, Gedisa.
- CLIFFORD, James. 1999. "In medias res" y "Prácticas espaciales: el trabajo de campo, el viaje y la disciplina de la antropología". En: Clifford, James *Itinerarios transculturales*, Barcelona, Gedisa, pp. 11 a 27 y 71 a 121.
- CLIFFORD, James. 2002. "Sobre o surrealismo etnográfico", En: James Clifford, *A experiencia etnográfica*, Rio de Janeiro, UFRJ.
- D'ORBIGNY, Alcides. 1945. *Viaje a la América Meridional*, Tomo 1. Buenos Aires, Editorial Futuro.
- FARRO, Máximo. 2009. *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario, Prohistoria Ediciones.
- FOUCAULT, Michel. 1984. "Clasificar" En Michel Foucault *Las palabras y las cosas*. Barcelona, Planeta-De Agostini, pp. 126 a 164
- GEERTZ, Clifford. 1997. *El antropólogo como autor* Barcelona, Paidós, 1ra reimpresión.
- KROTZ, Esteban. 1991. "Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico", En: *Alteridades* 1 (1)
- PENHOS, Marta. 2005. "Azara o el deseo de las imágenes", En: Penhos, Marta *Ver, conocer, dominar: imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- PENHOS, Marta. 2009. "Imágenes viajeras: de la expedición del "Beagle" a L'Universe Pittoresque", En: Irina Podgorny; Marta Penhos; Pedro Navarro Floria *Viajes: espacios y cuerpos en la Argentina del siglo XIX y comienzos del XX*. Buenos Aires, Teseo.
- PERAZZI, Pablo. 2003. *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- PODGORNY, Irina. 2002. "Ser todo y no ser nada". En Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comp.); *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia, pp. 31 a 77.
- PRATT, Mary Louise. 2011. Introducción: "La crítica en la zona de contacto" y Capítulo I: "Ciencia, conciencia planetaria, interiores". En Mary Louise Pratt, *Ojos Imperiales: literatura de viajes y transcultura* Buenos Aires, FCE.
- TERÁN, Oscar. 2008. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): derivas de la "cultura científica"*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, segunda edición. TODOROV, Tzvetan (2009) *La conquista de América: el problema del otro*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2da edición revisada.

TORRES, Luis María. 1929. *Noticia biográfica de Don Félix de Azara y examen general de su obra*. Separata de los Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo CVIII. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni.

WILDE, Guillermo. 2007. "Antropología y Estética del viaje", En: *Contratiempo* N° 2.

